

RELATOS / ASENSIO SAEZ

## La domadora de ratones

La concesión de su bien merecida jubilación, tras largos años consagrados a la enseñanza pianística, le vino a la señorita Araceli como anillo al dedo para su reencuentro apasionado con la doma del ratón, vocación que en la señorita Araceli se remontaba a sus años jóvenes, cuando descubrió sus singulares dotes para domesticar por medio del piano, lógicamente sumado éste a una considerable dosis de paciencia, a aquella numerosa tropa de ratones que tan graciosamente poblaban su piso de renta antigua, en idas y venidas ganando jubileos, entro y salgo por oportunas oquedades, pateando cielos rasos y vagando con entera confianza por cortinones de ajado damasco, anaqueles con bibelots, televisor de veintidós pulgadas y nutrida biblioteca heredada de los abuelos, en la que lo mismo podía tropezarse el posible lector con el Quijote ilustrado por Doré que con la novela pasablemente erótica del «Caballero Audaz».

Los problemas familiares, amén de sus obligaciones como profesora de piano, habían impedido a la señorita Araceli el ejercicio de su vocación ratonil. ¡Aquel padre parapléjico, atado de por vida a su sillón de ruedas a consecuencia del lamentable lance que lo desgració para siempre al rodar paisaje abajo en una excursión organizada por el «Insero»!

—Ocurrió que, debido a un inoportuno mareo a causa de mi hipotensión, perdí pie —gustaba contar el buen hombre a las visitas, a las que acababa recomendándoles su excursión, fallida por desgracia para él—. Buenas vistas las del Monasterio de Piedra. Cosa de ni perderselas, oigan.

¿Pues qué decir de la madre, totalmente desmemoriada por mor de la arteriosclerosis; eso sí, aliviada ventajosamente por su envidiable dedicación a la artesanía del palillo? Con dos mil mondadientes había construido la catedral de Burgos; con doscientos el Patio de los Leones, de la Alhambra, y con mil —mil veintinueve, para ser del todo exactos—, la Giralda de Sevilla, todas ellas obras realmente dignas del más fervor aplauso.

Su jubilación, unida a la dolorosa pérdida de los padres, que gloria hubieran, constituyó por tanto para la señorita Araceli una feliz circunstancia que la unció de nuevo a sus particulares propiedades de domesticadora de ratones, tantas veces compartidas con la señorita Perpetua y la señorita Dolorosa, sus íntimas amigas que, dadas sus respectivas maternidades frustradas al ser solteras como la señorita Araceli, las llevaba a prohijar simbólicamente a los simpáticos ratonillos, tan divertidos bajo aquella infalible batuta de la señorita Araceli, ora ordenándoles levantar las patitas delanteras, atenta la oreja y en tensión el hocico; ora



haciéndoles pasar por un aro de colorines, saltar a la comba y enderezar la larga serpentina del rabo.

En la salita romántica, con el piano ocupando el más noble sitio, se celebraban las amenas sesiones ratoniles. A la señorita Araceli le atraía el mundo del romanticismo. «Musa de Bécquer» era precisamente el título del disfraz efigiado en aquella ampliación fotográfica que, presidiendo la sala, correspondía a un baile de disfraces celebrado en la lejana juventud de la señorita Araceli.

A la señorita Perpetua, por el contrario,

le atraían más los tiempos actuales.

Suscritora de varias revistas del corazón, las sugestivas vicisitudes de la «jet-set» las llevaba al dedillo. Por su parte, la señorita Dolorosa había salido aficionada a la pluma, léase autora de numerosas novelas, las cuales, cuidadosamente manuscritas con envidiable caligrafía de colegio de monjas, enviaba a todos los concursos habidos y por haber, sin el menor éxito. Como la señorita Dolorosa proclamaba a quien quisiera escucharla, que, indefectiblemente, eran siempre la señorita Araceli y la señorita Perpetua: «¡Qué injusta

es la vida!».

En una de aquellas visitas domingueras, la señorita Perpetua y la señorita Dolorosa recibieron la grata sorpresa de encontrar a un atildado señor, más bien sobrado en kilos y años, departiendo animadamente con la señorita Araceli, que hubo de hacer las oportunas presentaciones, por las que ambas amigas quedaron enteradas de que tal caballero, por nombre don Angel Custodio, venía a resultar el nuevo vecino del segundo derecha, viudo reciente.

La charla se generalizó y don Angel Custodio, cuya visita obedecía a la simple cortesía de presentar sus respetos como vecino, aceptó gustosamente a probar una de aquellas finas galletas adquiridas por la señorita Araceli en el supermercado de la esquina, sección oportunidades. Ni qué decir tiene que don Angel Custodio vino a enriquecer con su oronda humanidad, alguna vez abandonada por su desodorante, las ya de por sí animadas tertulias dominicales, función ratonil por medio.

La señorita Dolorosa se lo vaticinó a la señorita Perpetua:

—Antes de un año, boda.

Ni siquiera en un ápice se equivocó la señorita Dolorosa, que a sagaz y más a novelera nadie le aventajaba. Así muy pronto, vino don Angel Custodio a caer en la cuenta de que para inaugurar una mejor vida nadie más idóneo que la dulce compañía de la señorita Araceli, no tanto por sus valiosas prendas personales, que indudablemente las poseía, como por sus innegables cualidades de domadora ratonil, propiedad que tanto lo engaitaba.

Ni qué decir tiene que con su boda con la señorita Araceli, don Angel Custodio vino a constituirse en el más idóneo «partenaire» de ésta, figura imprescindible en las exhibiciones dominicales a las que, en más de una ocasión fueron invitados algunos de los respetables amigos de don Angel Custodio, honorables socios del comfortable casino en el que tantos ratos apetecía pasar el buen señor. ¡Las veinticuatro horas del jubilado dan para tanto! Verdad era que constituía toda una curiosa sorpresa alcanzar la estampa de don Angel Custodio, varita de bambú en mano, sincronizando las actuaciones de los roedores, en puntual combinación con su amada esposa, sentada al piano. Un halo de beatitud parecía acompañar siempre a ésta, dichosa donde las hubiera. Apenas una leve sombra venía a enturbiar su ventura: la ausencia, por leyes de la naturaleza ya del todo imposible, de aquel hijo que, según la fantasía, un tanto desmedida, de la señorita Araceli, hoy señora de don Angel Custodio, imaginaba habría tirado a infántico de Murillo, angelical criatura bautizada, en aras de su particular fidelidad ratonera, con el bonito nombre de Mickey.